

Jordi Sierra i Fabra

KILL

A man is seen from behind, walking down a dark, narrow street at night. He is wearing a blue tank top and dark pants. On his back, he carries a wooden box with the word 'KILL' written on it in black paint. A strap is attached to the box, and a hand is visible, holding the strap. The street is littered with trash, and the walls are covered in graffiti. The sky is dark and cloudy.

ANAYA

KILL

1.ª edición: septiembre 2025

© Del texto: Jordi Sierra i Fabra, 2025
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2025
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

Diseño de cubierta: eVostudio
Tipografías del título: Envato Elements (MastakA; figuree)

ISBN: 978-84-143-4513-9
Depósito legal: M-13373-2025
Impreso en España - *Printed in Spain*



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Jordi Sierra i Fabra



ANAYA

*A todos los que cada año
compiten por quedar
Reyes de la Trova
en el Festival Nacional
celebrado en el marco
de la Fiesta de las Flores
de Medellín, Colombia.*

UNO

1

El ambiente en la sala era de fiesta y diversión. Mesas llenas de gente. Mesas llenas de botellas. Mesas llenas de copas. Las voces y las risas se levantaban en espiral, como antaño lo hacía el humo de los cigarrillos, ya desterrados de la vida popular. A veces surgía un estallido de alegres gritos, otras era el silencio de las miradas, unas amigables, otras de puro deseo, porque la noche ya era noche, y avanzaba desenfrenada sobre los momentos de las decisiones, cuando las borracheras o los estados de euforia ya eran imparables o el ansia sexual se instalaba en la necesidad, surgiendo imparable del corazón y de lo más íntimo de la condición y la conciencia humana.

Había jóvenes de muchas clases, dentro del espectro de lo que el club ofrecía. Un club pequeño, apartado, de barrio. Un club exclusivo de candidatos a la marginalidad. Un club al que nunca irían los pijos de las zonas altas. Cortes de pelo estrafalarios, provocadores; tatuajes en brazos, torso y piernas, incluso en manos o cuello; mezcla de etnias producto de la emigración, en muchos casos, de unos padres que habían llegado en busca del sueño europeo, solo para darse de bruces con el muro de la intolerancia; blancos, negros, mulatos, mestizos, principalmente con acentos latinoamericanos. Ellas

eran mayoritariamente guapas, atrevidas, *sexys*. Lucían generosos escotes, breves tops y minifaldas imposibles, *piercings*, anillos, pulseras, maquillaje en muchos casos excesivo, largas melenas de todos los colores, e incluso rastas. Ellos eran la versión masculina, ropas holgadas o camisetas prietas, mostrando músculos, barbas de dos o tres días, cadenas.

Cuando el presentador salió a escena, el silencio se apoderó gradualmente del local. No fue inmediato. Un descenso decibélico que llegó al cero en un largo camino de medio minuto. El escenario era pequeño, apenas una tarima elevada un palmo del nivel del suelo y encajonada entre dos paredes y dos columnas. Cuando tocaba un grupo, parecía imposible que no se molestaran unos a otros. Esa noche, sin embargo, no había instrumentos. No había nada.

—¡Hola, Peña! —saludó el hombre, un treintañero a medio camino de la modernidad y la madurez—. ¡Esta noche tenemos una actuación especial!

Hubo un par de silbidos, un par de aplausos, y, casi en primera fila, una salva de gritos de ánimo y vítores, señal de que quien fuera a actuar llevaba su propio séquito o sus incondicionales en forma de club de fans.

El presentador esperó a que terminara el clamor.

—¡Aquí tenemos a la nueva voz de la música urbana! ¡Y es de aquí! ¡Es nuestro! ¡Para todos vosotros, por primera vez en El Sótano..., Barrio!

Los acólitos se volvieron locos. Tampoco eran muchos. El presentador se retiró del escenario y se cruzó con el artista.

Barrio.

O Barr10, porque ese era el nombre que figuraba, escrito con un simple rotulador negro y grandes trazos, en la caja de madera que llevaba colgada del cuello.

—¡A por ellos! —gritó una de las chicas.

—¡Dales caña! —la secundó un chico.

—¡Vamos, tío! —aulló un tercero.

Barrio, o Barr10, se quedó en el centro del escenario. No había micrófonos. No los necesitaba. Para los que no le conocían, su aspecto era de lo más normal. Normal dentro de las fronteras de su pequeño mundo. Alto, delgado, rostro de facciones blancas pero mulato, cabello corto rapado por los lados, una camiseta en la que se veía una mano con un dedo haciendo una peineta, vaqueros gastados y rotos, zapatillas deportivas no menos viejas. Era atractivo. No guapo. Atractivo. Tenía una mirada penetrante, la mirada del insulto y la seguridad, de la desfachatez y el reto. No sonreía, pero tampoco daba la imagen de enfado o provocación. Solo estaba allí.

Allí.

En su momento.

Fueron apenas cinco segundos que pasaron rápidos. Luego sus manos comenzaron a percutir en la madera, como los flamencos sentados sobre las cajas con las que marcaban el ritmo de las canciones. La sonoridad fue especial, inmediata. La caja de madera no era una caja de madera: era un instrumento. Dependía de cómo y con qué la golpease, manos, dedos, el dorso, la palma, la muñeca. El ritmo se convirtió rápidamente en arte, abriendo la puerta de la vitalidad y la energía. Barr10 cerró los ojos, bajó y subió alternativamente la sonoridad de la percusión, hasta que, de pronto, superando la hipnosis del público, empezó a cantar, con una voz cargada de infinitos matices:

*Soy Barrio.
Soy de barrio.
Soy Barrio.
Mi barrio.
Este barrio.
Me verás
si te miras en el espejo.
Yo soy tú.
En tu reflejo.
Soy hijo de los bajos,
calles sin atajos.
Barrio en guerra,
que te cruje,
y te pudre,
tumba en tierra.*

La percusión no había desaparecido, acompañaba cada palabra, cada nota, la remarcaba, la punteaba, la hacía más fuerte o más suave, pero no ajena. El rapeado era como ella, fuerte, intenso, catárquico. El público de la sala seguía el ritmo con los pies o con las cabezas, atrapado en la música y con la letra. En algunas caras se dibujaba el pasmo.

La sorpresa de lo inusual.

Allí, en El Sótano, el club de casi siempre.

El bloque instrumental, una rápida percusión que aumentó sin parar hasta llegar a un crescendo total, paró en seco una fracción de segundo antes de que regresara la voz, ahora un punto más alta.

Furiosa.

*Soy Barrio.
Soy de barrio.
Soy Barrio.
Mi barrio.
Este barrio.
Mi madre llora.
Mi padre grita.
¡Cuidado, señora,
ciudad maldita!
¡Llega la ley,
la hostia en la boca,
no eres un rey,
tu novia está loca!
¡Barrio, barrio,
mi barrio!
Tu casa y la mía.
¡Barrio, barrio,
mi barrio!
Vives al día.
Te mueres despacio.
Barrio...
Barrio...
¡Barrio!*

Cesó de golpe. Todo. Percusión y voz. Se hizo el silencio. Un segundo. Un segundo que se hizo efímero, pero que también fue eterno. Luego, la reacción, unánime, disparada. Los gritos, los aplausos, más y más silbidos, más y más sorpresa.

En el escenario, Barr10 apenas sonrió.

2

El camerino, si podía llamarse así, no era más que una habitación de paredes sucias con cajas apiladas y, al menos, un lavamanos. Las cajas eran de bebidas y ocupaban el 70% del espacio. En el resto, además del lavamanos, había una silla, una mesita medio rota y un cable de pared a pared con un par de perchas vacías. Sobre la mesa, una bolsa de deportes abierta y la caja de madera con la que él acababa de actuar.

Ella se detuvo en el quicio, porque la puerta no estaba cerrada.

Barr10 y una chica se estaban comiendo el uno al otro. Literalmente. Ya no podían abrir más las bocas, ni estar más pegados, con los cuerpos apretados como si quisieran fundirse. No era solo un beso. Eran el amor y la furia, la desesperación y la pasión hechos locura. Una mano de él le apretaba la espalda, la otra una de las nalgas. Una mano de ella se hundía en la nuca del chico y la otra, simplemente, no estaba a la vista.

La aparecida esperó.

El beso no menguó, al contrario. Tenían los ojos cerrados. Podía durar lo que aguantaran sus cuerpos.

—Hola —dijo por fin la aparecida.

La miraron los dos, rota la intimidad, desaparecida la magia, con intriga él, con irritación ella. Jadeaban tras recuperar el compás de sus respectivas respiraciones. De cerca, Barr10 era un poco más atractivo, aunque también más canalla. La chica, por su parte, era una belleza latina de pelo muy negro y rizado que se le desparramaba por encima de los hombros y la espalda. Tenía un cuerpo bonito. Bonito y salvaje. Su pecho era pequeño, sus piernas largas. Llevaba las uñas primorosamente pintadas, las de las manos y las de los pies. Los ojos eran dos carbones oscuros. Los labios, en cambio, brillaban con un rojo intenso que el beso no había hecho desaparecer. Los tenía todavía muy húmedos. Le calculó la misma edad que él, en torno a los dieciocho, aunque el maquillaje podía hacerla mayor de lo que era en realidad.

—Siento interrumpiros —habló de nuevo.

El chico la observó. No mostró ninguna emoción ante aquella presencia. Ni siquiera sorpresa por la aparición de una extraña. Solo era una persona. Una mujer de mediana edad. Relativamente guapa. Relativamente diferente. Relativamente bien vestida, con detalles caros, aunque no estridentes. Sonreía con cautela. Una sonrisa medida, para nada explícita. La sonrisa de una mujer de mundo.

Quizá empoderada.

No, seguramente empoderada.

—¿Quién es usted? —le preguntó él.

—Me llamo Cristina Valmoral Salat.

—¿Y? —No se dio por satisfecho, frunciendo el ceño incluso con un deje de recelo y desconfianza.

El recelo y la desconfianza de la marginalidad.

—Tengo una agencia de *management*, Crivalsa. ¿Puedo entrar?

No le dijo ni que sí ni que no. Simplemente esperó a que ella diera el paso y se colara dentro. La novia se agarró del brazo de Barr10 y quedó colgada de él, como si temiera perderlo.

—¿Cómo te llamas?

—Banak Arriaga Oshan. —Él también lo pronunció al completo.

Y hubo algo de desafío en ello.

—B, Arri, O. —Lo comprendió la visitante—. ¿Prefieres que te llame Banak o utilizo tu nombre de guerra?

Hubo una pausa sin respuesta. El cruce de miradas pareció llegar de pronto a su punto culminante. Una explosión silenciosa, un relajamiento espontáneo.

—Escucha —volvió a hablar Cristina—. No te haré perder el tiempo. Ya veo que estás ocupado. —Evitó mirarla a ella—. Solo te haré una pregunta. Según lo que me digas, me iré y listos. —La disparó sin más—: ¿Tienes representante?

Banak levantó un poco las cejas.

Aunque trató de evitar su apariencia de sorpresa.

—No.

—Entonces me quedo y déjame que siga —respiró la mujer con cierto relajamiento—. Te he oído cantar.

—¿Y le ha gustado?

—Por eso estoy aquí. —Abrió las manos de manera explícita—. Eres bueno —y lo amplificó—, muy bueno. Pero yo podría ayudarte a triunfar.

—¿Es representante artística? —entró en la conversación la chica.

—Sí.

—¿Y a quién lleva?

—A Peanna, a Q-Weird y a Martingala, entre otros.

Los nombres calaron en ellos, especialmente en la novia de Banak. Abrió los ojos de manera ostensible y tragó saliva.

—¿De verdad cree que soy bueno? —preguntó él.

—Tú sabes que sí. Llegas a la gente, eres diferente, original. Esa presentación tuya, con una simple caja de madera... Eso vende, ¿sabes?

—Es el mejor —volvió a intervenir la chica con desafío, alzando la barbilla como si reclamara su propiedad.

—Cállate, Blanca —le pidió él. Y volvió a dirigirse a Cristina—. ¿Qué quiere de mí?

—Llevar tu carrera artística si quieres.

—¿Así, sin más?

—Es como se hacen las cosas. Hay mánagers, cazatalentos, productores... Alguien me habló de ti, he venido a verte y me ha bastado lo que has hecho ahí afuera para quedar convencida. Ahora, por supuesto, me necesitas.

—Yo no necesito a nadie.

—Para triunfar, sí.

La palabra «triunfar» hizo que a Blanca le brillaran los ojos. Era expresiva. Le pareció una gata salvaje. Una mujer que había heredado las luchas de sus antepasados.

—¿Y a cambio de qué? —siguió preguntando él.

—De lo que suelen llevarse los mánagers. Un tanto por ciento.

—¿De cuánto?

—No corras tanto, Banak —sonrió—. Primero hay que hablar, ver cómo están las cosas, planificarlas bien. En este negocio nada es improvisado, hay que medir paso a paso, y más tratándose de un desconocido como tú. ¿Has cumplido los dieciocho?

—Sí.

—Mejor. Hablar con padres y madres suele ser horrible. Todos creen tener una mina de oro y que van a robarles.

—¿No es lo que hacen los mánagers, exprimir a los artistas?

—No, Banak, no. Eso son películas. Si tú triunfas, yo gano. Tu éxito es mi éxito. Puedo llegar a ser incluso una madre. ¿Conoces la historia de Elvis Presley y su mánager Tom Parker, o la de los Beatles y Brian Epstein?

—Vi una película —dejó ir no muy seguro—. El tal Parker exprimió a Elvis.

—Pero le descubrió, y lo convirtió en el cantante más famoso del mundo. Si al final salió mal fue por culpa de Elvis, que se apartó de la línea, se apalancó y se dejó mangonear. Yo no soy así. En cambio, Epstein cogió a cuatro peludos de Liverpool, gamberros y malhablados, y los llevó a ser los más grandes de la historia. —Hizo una pausa—. Quiero decir que detrás de cada estrella hay un representante que se ocupa de ella. Todas. Elvis o los Beatles eran grandes, pero el que les desbrozó el camino fue su mánager. Cualquier estrella de hoy, de cualquier género, tiene a alguien detrás. La pregunta es si estás dispuesto a intentarlo tú.

—Con usted.

—Sí, conmigo.

Banak deslizó una mirada en dirección a Blanca. Se encontró con los ojos expectantes de la chica.

Apareció un hombre en la puerta del camerino.

—Banak, ¿tienes un momento?

—Voy.

Cristina reaccionó rápida.

—Mira, no es el mejor lugar para hablar, e imagino que te he pillado por sorpresa. Si te interesa, pásate por mi despacho o llámame para quedar. —Se llevó una mano al bolso y sacó

una tarjeta que le entregó a él—. Aquí tienes mis señas y mis teléfonos.

El chico sostuvo la tarjeta en la mano.

—Oiga, esto va en serio, ¿no?

—Claro. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé. —Hizo un gesto ambiguo, todavía mínimamente receloso—. Hay mucho mangante suelto por ahí afuera.

Parecía como si la vida le hubiese dado muchos golpes, demasiados. O que desconfiara de todo y de todos.

—Mira, Banak —intentó ser lo más sincera posible— eres nuevo, diferente. Dentro de toda esta barahúnda que forma ahora el mundo de la música urbana y sus mil tendencias, tú aportas algo, y eso vale su peso en oro. Cantas bien, imagino que el resto de tus letras serán como las que he oído esta noche, intensas, directas y descarnadas. Tocas una caja de madera, llevas el ritmo en la sangre, eres un gran músico...

—Yo no soy músico —la interrumpió—. Solo digo cosas.

—Pero las dices cantando, así que eres músico. Eso es lo que cuenta. —Retrocedió hacia la puerta, sin dejar de mirarle. Blanca había dejado de existir—. No dejes pasar esta oportunidad: llámame. Sea como sea, hablar no cuesta nada. Si no estás de acuerdo con lo que vaya a proponerte, adiós y tan amigos, ¿te parece? —No le dejó abrir la boca—. Te espero.

Cruzó el umbral de la puerta y los dejó solos.

Sonreía.

3

En el camerino, la primera en reaccionar fue Blanca.

—¡Banak!

Se le echó al cuello y empezó a besarle por toda la cara.

Esta vez, él no reaccionó.

—¿Qué te pasa? —quiso saber ella.

El chico se encogió de hombros. Seguía mirando la puerta por la que acababa de marcharse aquella mujer.

—¡Venga ya! —gritó Blanca.

—¿Venga ya qué? —Se enfrentó a sus ojos.

—¡Tú quieres ser famoso, como todos!

—Dicen que hay que pagar un precio por la fama.

—¡No me vengas con chorradas! ¡Eres bueno, lo sabemos!

¡Fíjate en esa mujer! ¡Le has flipado!

—Déjame que reaccione, ¿vale? —exclamó con disgusto.

Blanca se cruzó de brazos y se apartó de él.

—Mira, por mí mejor, ¿sabes?

—¿Mejor por qué?

—Porque si te haces famoso se acabará todo, me dejarás por una pija de esas que parecen de cristal, de piel blanca, rubia y ojos azules.

—¡No seas tonta! —protestó.

—O no —siguió ella—. Antes te dejaré yo, pero primero te arrancaré los ojos.

—Blanca...

—¿Qué?

—¿Ya estás otra vez con tus celos?

Ella se le echó encima de nuevo, se pegó a él, le clavó las dos manos en la nuca, con los dedos engarfiados, y le atrajo la cabeza hacia su boca. Le hundió la lengua hasta la garganta y volvió a devorarlo, como hacían antes de la entrada de aquella mujer.

Entre beso y beso, ansiosa, musitó llenándole con el calor de su aliento:

—Ninguna te dará lo que yo te doy, y lo sabes. Ninguna..., ninguna...

Banak acabó vencido.

Se dejó envolver por aquella pasión.

—Te deseo... —le susurró al oído.

—Esta noche no puedo —gimió Blanca, desesperada.

—¿Todavía...?

—Sí, es el día más fuerte.

—Sabes que a mí no me importa.

—A mí sí. —Se estremeció—. Me siento sucia. No me gusta la sangre.

Siguieron abrazados, pero la pasión menguó, también la intensidad de los besos. El hombre que había aparecido un poco antes volvió a meter la cabeza por el quicio.

—¿Banak?

—¡Ya voy, joder!

—Vale, vale, figura.

El tipo retrocedió y Banak se dejó caer en la silla, como si estuviera agotado de golpe. Sujetó a Blanca con una mano y

la obligó a sentarse sobre sus rodillas, abierta de piernas y de cara a él. La chica le pasó los brazos alrededor del cuello y unió las manos al otro lado. Banak no dejó de admirar su turbulenta belleza, el poder de aquella mirada cargada de intensidad.

—Sé que tienes principios —le susurró Blanca con ternura.

—No, lo que tengo es miedo.

—¿En serio?

—Es un mundo que no conozco, que no conocemos, y que suele devorar a la gente.

—No todos los artistas acaban mal, drogados o borrachos.

—No es solo eso.

—Cariño —Blanca le acarició una mejilla—, Barcelona no es Medellín, ni Cataluña es Antioquia, ni España es Colombia. Tu padre hizo lo que hizo, y de eso han pasado muchos años. Tú eres tú y tienes un don natural. Si no fueras tan bueno como eres, no cantarías desde niño, ni escribirías esas letras, ni habrías actuado hoy aquí.

—No pienso en mi padre.

—Puede que no, pero llevas su sangre y has salido mucho más a él de lo que crees. Pienso que incluso ya le superas.

—Mi padre era un rey.

—Allí, y hace más de veinte años. Esto es diferente.

—Entonces...

—Vas a llamar a esa mujer, claro. No puedes darle la espalda a tu primera oportunidad.

—Habrá más.

—¿Y si no es así? Mira, siempre he sabido que llegaría este momento. —Dijo «siempre» como si llevaran toda la vida juntos en lugar de tan solo dos años—. Te conozco, te he visto crecer, componer, cantar en tu habitación o en la mía, ensayar

delante del espejo. Y te he visto actuar. La reacción de la gente es la misma: les gustas. Lo único malo es la forma en que ellas se te comen con los ojos.

—No seas tonta.

—¿Crees que no me doy cuenta? —Se puso triste de golpe—. Tienes algo, Banak. Y lo sabes. No trates de darle vueltas ni busques excusas. Ahora está ahí delante. Solo has de alargar la mano y cogerlo. Salga bien o mal, saldrás de dudas.

El chico bajó la cabeza.

—Me gustaría darle a mi madre lo que nunca tuvo ni soñó tener. Me bastaría con eso.

—Sabes que será más, mucho más. —Le besó de manera suave en la comisura de los labios antes de pasarle la lengua por ellos, morderle el inferior y volver a entregarse a él.

Banak cerró los ojos.

Más allá del camerino del club, el mundo parecía un lugar muy muy lejano.

Otra galaxia.

4

Desde la ventana de la habitación se veían dos cosas parciales. Una, la mitad de un patio de luces con ventanas pequeñas y tendederos de ropa. Cualquiera podía saber el color o el tamaño de las prendas interiores de todas las personas que formaban la vecindad. La segunda era otra mitad, en este caso de la calle y las casas más bajas que se desparramaban por la suave loma. Casas de techos planos o con tejas viejas. Casas levantadas en los años del desarrollismo, cuando Barcelona crecía imparable y había que cobijar a las miles de personas que emigraban de toda España en busca de una vida mejor.

Ahora ya las habitaban los descendientes de primera o segunda generación de esas oleadas nacionales. Y luego estaban ellos, más recientes, los emigrantes del otro sur, el del continente africano o los países del otro lado del Atlántico, siempre en precario, siempre conflictivos, con crisis o violencias endémicas.

Su padre, colombiano. Su madre, guineana.

Y él nacido allí, español.

Banak atisbó más allá de las casas encajonadas entre el río y los márgenes de la prodigiosa mega-Barcelona. A su

espalda, sin verla, quedaba la montaña; y más allá, lejos, el mar, un Mediterráneo azulado que formaba una apenas intuida línea en el horizonte. Ese era todo su mundo, su universo. Había nacido allí. Seguía allí. Cuando era niño le parecía que aquello era lo mejor. Libertad y vida. Ahora empezaba a pesarle. Ahora se daba cuenta de las cosas, y de cómo eran, y de lo difícil, por no decir imposible, que era cambiarlas.

—No se cambia el curso de un río sin más —decía el viejo Juan—. Lo cambian los años, cientos, miles, siguiendo el devenir de la naturaleza.

¿Los viejos eran sabios por viejos o por haber vivido de más? ¿O las dos cosas?

Banak se apartó de la ventana y se vio reflejado en el espejo del armario de su habitación. Un armario comprado por muy poco dinero a la familia de los Gutiérrez, que se habían vuelto a Venezuela al morir su único hijo en una reyerta callejera. Incapaces de seguir viviendo allí, donde todo eran recuerdos. De eso hacía casi diez años. El espejo en el que antes se miraba aquel chico ahora servía para verse él. Y lo que veía era la imagen de un casi hombre, superada la adolescencia. Cuerpo atlético, fibroso, ciertamente musculado. Blanca tenía razón: las chicas le miraban. Cualquiera que se subía a un escenario cambiaba a los ojos de los demás. Y él, cuando se subía a uno y cantaba, se transformaba en otra persona. Era un mutante. En un escenario, cualquiera era guapo, más con una guitarra colgada al cuello, aunque ese no era su caso.

A él no le daba para una guitarra, pero con aquella simple caja de madera...

Se acercó al espejo hasta quedar casi pegado a él. Su tez levemente mulata contrastaba con las facciones de blanco, nariz pequeña, labios delgados. La cara de su padre, una pequeña

parte del color de su madre. Kanya en cambio sí se parecía a ella. Era más oscura, labios gruesos, cabello esculpido formando pequeños bloques y rastas simétricas. Dieciséis años estallando con toda su intensidad en el despertar de la vida.

Kanya.

La vio reflejada en el espejo, apoyada en el quicio de la puerta con los brazos cruzados y su eterna mirada crítica colgada del desparpajo visceral y retador de sus ojos.

—Vas a desgastarte —se burló la chica.

Banak se volvió. Kanya llevaba un top que apenas le tapaba y sujetaba el pecho, abundante, y unos pantaloncitos muy cortos y ajustados. Iba descalza. Le gustaba ir descalza. Los chicos llevaban rondándola desde los trece o catorce años. Ahora era una bomba de relojería dispuesta a estallar.

—¿Qué quieres?

—¿Actuaste anoche?

—Sí.

—¿Y cómo fue?

—Muy bien.

—¿Las nuevas canciones?

—Gustaron mucho, sí.

—¿Eso es todo?

—¿Por qué no viniste?

—No pude. ¿Te pagaron?

—No.

Kanya hizo un gesto de fastidio. Chasqueó la lengua.

—¿Por qué lo preguntas?

—Pensaba que podías dejarme algo de dinero. —Fue sincera.

—¿Y para qué...?

—¡Venga, hombre!

—¿Ropa?

—¡Pues claro! —refunfuñó—. Una blusa que he visto.

—Espérate a las rebajas.

—Para entonces ya no estará.

—Pues lo siento.

La chica subió y bajó los hombros. Iba a dar media vuelta. Banak no la dejó ir. Estaban solos y el piso era demasiado pequeño para tener otra oportunidad.

—Kanya. —La detuvo.

—¿Qué?

—Me han dicho que te han visto con Kevin. —Fue directo. Su hermana se puso en guardia.

Cuerpo, expresión, ojos.

—¿Quién te lo ha dicho? —quiso saber.

—Eso no importa.

—¿Tú haces caso de lo que te dicen?

—Si se refiere a ti, sí. Y si sale el nombre de Kevin, más.

—Todo el mundo está contra él —manifestó con sequedad.

—No están contra él. Y en todo caso, si es así, se lo ha ganado a pulso. Es conflictivo y lo sabes.

—No, no lo sé. A mí me parece un buen tío.

—¿De veras?

—Sabe lo que quiere.

—¿Y qué quiere?

—Salir de esta mierda, como todos, pero con las ideas más claras.

—¿Y su harén?

—¿Qué harén? —No le dejó ni contestar porque se puso súbitamente furiosa—. ¡Todo eso no son más que tonterías!

—¿Quieres ser una más?

—¡Que no hay ningún harén, joder! —Se enfadó apretando los puños, con ira y fuego en los ojos.

—Tú no eres tonta, Kanya —insistió él—. Sabes que es cierto. Todas creen que serán la única, pero no es así. No con Kevin.

Ella ya no pudo resistirlo.

—¡Vete a la mierda! —le gritó dando media vuelta.

—¡Tienes dieciséis años! —le recordó Banak.

—¡Y soy una mujer! —Se detuvo sin llegar a salir de la habitación.

—¡¿Una mujer?! —estalló también su hermano—. ¡Tienes la misma edad que mamá cuando se quedó embarazada de Juan Eduardo! ¿De verdad quieres pasar por eso como ella?

—¡No si fuera a tener a un idiota como tú! —le espetó.

No hubo más.

Esta vez sí salió de allí.

Banak pensó que acababa de romper un puente que difícilmente lograría volver a recomponer.

5

Lucio era ecuatoriano, ecuatoriano por parte de padre y peruano por parte de madre. A diferencia de Banak, no había nacido en Barcelona, pero vivía en España desde los tres años. No recordaba nada de otros tiempos. Habían ido a la misma escuela pública desde niños. Él sí tenía rasgos indígenas, frente inclinada, nariz aguileña, porque se parecía a su madre, de origen aimara.

Cuando acabó de contarle lo hablado con aquella mujer, Cristina Valmoral, se encontró con su rostro iluminado por una luz celestial.

—¡Jo, hermano, tío, esto es...! —Se quedó sin palabras para expresar lo que sentía.

Banak le dio un puntapié a una lata de cola que salió volando por el aire. Rebotó un poco más allá con leves ecos metálicos hasta quedar detenida en un montículo de tierra, junto a los restos de una construcción que llevaba paralizada desde hacía años y en cuyas ruinas habían jugado no pocas veces.

—La llamarás, ¿no?

—No lo sé.

Puso cara de no creérselo.

MI CALLE. SOY K-LLE.
ME VERÁS SI TE MIRAS EN EL ESPEJO.
YO SOY TÚ. EN TU REFLEJO.
SOY HIJO DE LOS BAJOS,
CALLES SIN ATAJOS.
VIVES AL DÍA. TE MUERES DESPACIO.
LOS BAJOS, CALLES SIN ATAJOS.
VIVES AL DÍA. TE MUERES DESPACIO.

Banak, hijo de colombiano y guineana, refleja en sus canciones la dura realidad de un barrio obrero y multicultural de la Barcelona actual. Tras una actuación en un pequeño local, aparece en su camerino una mánager que le ofrece la gran oportunidad de su vida. Enseguida llegarán las presiones de su entorno más próximo y de los que quieren subirse al carro del éxito ajeno para que no desaproveche la ocasión que le llevaría a la zona alta de la ciudad y de la sociedad.

Lleno de dudas sobre su valía, con un pasado familiar turbulento que arrastra a sus espaldas y con una gran conciencia de clase, pretende mantenerse fiel a sí mismo y al lugar en el que se ha criado, donde muy pocos pueden escapar al futuro gris del extrarradio.

